

3er Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 27.08.2014

"En él vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17,28), dice san Pablo a los Atenenses. El acontecimiento de Cristo nos introduce en una nueva conciencia de la relación de nuestra vida con Dios. Dios, decía Pablo, "ha establecido el orden de los tiempos y de los confines de su espacio para que (los hombres) lo busquen a él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros" (Hch 17,26-27). El hombre tiene dentro de sí el deseo de Dios, Lo busca, estimulado por la creación que es signo de Él. Pero instintivamente Lo busca como un objeto exterior, para tocar, para agarrar, y que no sabemos dónde se esconde. Abandonados a nuestras concepciones instintivas, incluso religiosas, la vida se convierte como en una burla cruel, en la que la Divinidad se divierte cínicamente escondiéndose y haciéndose buscar a tientas por los pobres ciegos. En realidad, desde el pecado de Adán en adelante, es el hombre el que ha elegido esconderse de un Dios en el que vive, se mueve y existe, y sin el cual no podría vivir, moverse, existir. ¡Es absurdo! Es como un pez que quisiera esconderse del mar, como si un pájaro en vuelo quisiera esconderse del aire. Y Dios, debe reducirse a dejarse vendar los ojos para buscar al hombre a tientas, aunque Dios sabe que, con respecto a Él, el hombre está muy cerca, aún más, está en Él, vive, se mueve y existe en Él: "El Señor Dios llamó al hombre y le dijo: '¿Dónde estás?'. Le respondió: 'Oí tu voz en el jardín: tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí'" (Gén 3,9-10).

El alejamiento del hombre con respecto a Dios por el pecado es como obligar a una madre a buscar al bebé que lleva en su seno. El hombre se ha perdido en un espacio en el que sería imposible perderse; ha salido de un espacio fuera del cual no hay nada, del que nadie puede salir. Lo expresa muy bien Madeleine Delbrêl, con su genial ironía sobre sí misma: "*Mon Dieu, si vous êtes partout, comment se fait-il que je sois si souvent ailleurs ?* – Dios mío, si estás en todas partes, ¿cómo es posible que yo esté tan a menudo en otros lugares?" (*Alcide*, Ed. du Seuil, 1968, p. 61).

Subrayo estas cosas porque es importante que saquemos a la luz la situación existencial de nuestra búsqueda de Dios, de nuestra necesidad de Dios. Es inútil decirse siempre, como yo lo hago a menudo, que debería rezar más, meditar más, escuchar más la palabra de Dios, adorar más, estar más atento en la celebración de los sacramentos y al rezar el Oficio divino, y encontrar mejor a Cristo en el hermano, si no tomo conciencia de la escena en la que se está jugando mi vida y la de todos, la escena global en la que el "gran teatro del mundo" incluye también a Dios, y todo el espacio que Dios es y crea para desenvolverse la aventura humana. De otra manera, continuamos tropezando en la oscuridad como los ciegos, en un espacio en el que nosotros mismos hemos apagado la luz o, mejor, en el que la luz existe, pero cerramos los ojos. Y no nos damos cuenta que aquel Dios que pretendemos agarrar quizá en aquél ángulo escondido de aquel espacio oscuro, lo estamos ya tocando. Es como el aire que llena el espacio, como el agua que el

nadador continúa sintiendo recorrer todo su cuerpo. Son solo imágenes, con sus límites, pero que nos pueden dar una idea de la novedad del anuncio de Pablo a Atenas: “En él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28).

Pablo expresa una conciencia que resuena con frecuencia en los Salmos, como el espléndido salmo 138:

“Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.
No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.
¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.
Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.”

Son expresiones que deberemos repetir como un mar en el que nadamos, como el aire y la luz en la que volamos como gaviotas. A menudo concebimos la meditación de la palabra de Dios solo como algo que debemos agarrar y encerrar en nuestra cabeza, o en nuestro corazón. Existe también este aspecto. Pero la meditación es quizá más un penetrar en el espacio del Verbo de Dios en el que todo consiste, en el que todo es creado. Los monjes antiguos meditaban en voz alta la palabra de Dios, como para simular acústicamente el hecho de que todo consiste en la Palabra del Señor, todo está comprendido en Ella, y nosotros encontramos sentido y verdad morando en Ella. Como cuando se la canta en gregoriano, con la resonancia de una iglesia románica. La Palabra del Señor, en la que somos creados, nos rodea y nos penetra al mismo tiempo: "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseáis y se realizará" (Jn 15,7). Es el Verbo de Dios quien nos dice que permanezcamos en Él, que dejemos penetrar en nosotros, en el pensamiento, en el corazón, en la voluntad, en los deseos, sus palabras.

En resumen, como los Atenienses, estamos llamados a convertirnos a una toma de conciencia del misterio de Dios que sitúa de un modo totalmente nuevo nuestra vida, todo nuestro movernos interior y exterior, toda nuestra existencia. En este ámbito tenemos siempre dentro pinceladas de paganismo o, sencillamente, pinceladas del pecado original, de la huida y miedo de Adán. El pecado ha falsificado la relación de Adán con la presencia de Dios. No ha cambiado la presencia de Dios hacia el hombre, sino la presencia del hombre con respecto a Dios.

Cuando Pablo se plantea la pregunta "¿Quién nos separará del amor de Cristo?" (Rm 8,35), extiende una lista de todo lo que no podrá jamás separarnos de este amor: "la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada"; y remata afirmando que "ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni presente ni futuro, ni potencias, ni anchura ni profundidad, ni criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, que está en Cristo, nuestro Señor" (Rm 8,38-39).

Pero queda una sola cosa que podría separarnos de este amor: nuestro rechazo, nuestra libertad de rechazar este amor, de huir de este amor que nos desea. Un rechazo que no anularía su amor por nosotros, porque nos llevaría a afirmar que no existe la luz que nos circunda, en la que "vivimos, nos movemos, existimos", porque este es el Dios que san Pablo quería anunciar a los Atenienses, si lo hubieran dejado continuar su discurso sobre Cristo resucitado.